

AZUL Y VERDE

El médico le dijo que algo no funcionaba bien con su calcio y que tenía que hacerse una prueba en el hospital, en un sitio llamado medicina nuclear.

Llegó con tiempo a ese sótano y encontró una sala de espera blanca, con sillas beige, paredes y techos blancos. Todo era muy nuevo, muy neutro. Las pocas personas sentadas en la sala estaban solas. Los pasillos eran anchos, claros, sin muebles ni personas en medio de ellos. Le llevaron a la sala de exploración. También sus paredes y suelos eran blancos, ocupada por una gran máquina central. Le indicaron tumbarse sobre el papel blanco de la camilla que surgía de la máquina y permanecer sin moverse absolutamente nada durante 15 minutos.

En esa posición descubrió, en medio de aquella blancura, un cielo azul con ramas de árboles verdes y algunas flores. Aquellas placas pintadas del techo le abrían una ventana a otro espacio fuera de la impersonalidad del hospital, más allá de la enfermedad, más cerca de la vida.

Apenas unos 3 o 4 minutos después, calculaba, esa ventana desapareció de sus ojos a los que se iba acercando la gran máquina con una placa grisácea de líneas negras que lo ocupó todo.

Se esforzó en dedicar aquellos 10 o 12 minutos a dejar volar su imaginación hacia esos lugares que le producían seguridad y confianza en aquellos momentos de pruebas e incertidumbre.

Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados hasta que empezó a percibir un movimiento. Al abrirlos vio como la placa grisácea se alejaba, giraba, y dejaba entrever de nuevo aquel cielo azul y aquellos árboles verdes.

Sí, la vida seguía ofreciéndole su color y su luz, si cabe más intensa, más allá de los techos del hospital.

García Sacristán Gema